

res de su tierra y Nación havian de abraçar la ynfignia de la verdadera Fe, con muy grandes defeos de se salvar y tener por rreina á la santífsima Virgen, y ello con grandífsimo aprefuramiento como el que deftos bienes se siente falto, y afsí acaelçieron con menos eftorbos las novísimas cosas que iban á suçeder en el imperio del señor Montezuma y otros rreinos veçinos deste que entonçes era muy fragoroso mundo.

„Oh, E quan grato es deçillo, que eíta grande conquista de las almas y los coraçones y aquellos beneficios de tan nuevas rriquezas descobiertas al mundo por la España, complidamente hayan sido loadas en aqueftas palabras de un mexicano ynsigne, muy valoroso general de Milicias, y poeta y eicritor y Diplomático; que dixo:

„... y por eso, á pesar de que aun pueda tenerse por una paradoja, el historiador debe decir que el descubrimiento del Nuevo Mundo era una necesidad de la ciencia; su ocupación, un derecho de la humanidad, y la conversión de sus habitantes al Cristianismo, una exigencia ineludible de la civilización y del progreso.“



... en frente del porvenir,
Veracruz quiere decir
Puerta de la Libertad.

Juan de Dios Peza.



Cap. VII

CAPÍTULO SÉPTIMO

DE LA LLEGADA Á ULUA
Y FINAL DESEMBARCO EN LA VERA CRUZ,
CON LO QUE SUS PRIMEROS ALCALDES Y RREGIDORES
NOS MOSTRARON
AÇERCA DE LA QUE SE LLAMÓ
LA ÇIBDAD DE TABLAS



Los empleados de la Estación Hidrográfica de la barra de Frontera—en la desembocadura del Grijalva, ó río de Tabasco—nos dijeron que el anuncio sobre el tiempo seguía favorable: un fuerte *norte* batió días pasados la costa del Pacífico, mas la racha detúvose, expirante, aplacada su furia, allá en Tehuantepec.

Fué, aseguran, la airada despedida del viento azotador—por siete meses—de estas regiones.

Ya es entrada, de días, la estación bonancible, de navegar seguro por el Golfo...

Y, sin embargo, hoy son insorportables la calina y la calma, que algo tienen de sombría amenaza...

El Comandante, muy serio y preocupado, dice temer que un mal concepto de su pericia lleguemos á formarnos, pues que hasta hoy ha sonreído irónico á nuestras infantiles temerosas preguntas sobre el tiempo... Y he aquí que desde anoche el barómetro baja, borrando de los labios del marino la irónica sonrisa con que antes contestara á nuestras temerosas infantiles preguntas acerca del peligro ó posibilidad de un *norte*, que, no sólo nos obsequiase un poco grato zarrandeo con protestas del hígado y las tripas, sino que diese al traste con nuestros cálculos del tiempo disponible—harto angustioso, sin ni siquiera un día en la partida de lo „imprevisto“—para dar cumplimiento al programa trazado de la *Ruta*.

...Baja el barómetro; suben por la gola ansias y flemas; el bochorno asfixia; pegajosos sudores entumescen la piel; aumenta el balanceo, á cuyo ingrato compás, en el cerebro danza también una indecible náusea, hecha bola, que va de la una sién á la otra sién; chirría quejumbrosa la obra muerta; cada cabello diríais se ha tornado un alfiler sutil que el cráneo convierte en acerico; brama el agua, y asmáticas respiran chimeneas y válvulas; y el ventarrón á mugidos abofetea al barco, y éste, á veces—en la orzada violenta, no alcanzando á evitar que fuera del agua las hélices funcionen—en estruendo infernal de terremoto sacude de su cuerpo la osamenta, ¡y allí al batir de puertas,

campanear los vidrios, y, al menor descuido, volar hechas añicos las vajillas!...

Más tarde, ya en el puerto, sabemos la unánime opinión de que este *norte*—sábado 16 del mes de Abril—ha sido el más violento en todo el año...

La «despedida», pues, no fué allá en el Pacífico. Gozámosla nosotros en el Golfo de Méjico. Y fué gran suerte: ya que así, no hubo en el viaje ni siquiera un lunar... No faltó nada para hacerlo completo y *bien documentado*: el mar benigno, favorable el viento, trato exquisito á bordo del *Mórelos* (de cuyos Comandante y oficiales hubimos atenciones y finezas sin cuento) deliciosas horas de estudio y de reposo y hondas meditaciones, salutíferas auras para el cuerpo y efluvios bienhechores á la higiene del alma... ¿No hubiera sido, pues, muy triste y doloroso—casi un fracaso—una «mala nota», haber rendido la marítima etapa de esta empresa sin conocer, por experiencia propia, los trágicos encantos de un *nortazo* como el del día último?

Del cual, por cierto, dirían el andaluz piloto competente, de antiguas correrías por el Golfo, ó el viejo capitán—veraz cronista de aquellas aventuras—que *«tan subitáneo, tan recio y tan contrario se revolvió aquel viento, que todo en el navío eran trompadas, que nos pusieron los humores del cuerpo y el sentido en tal alteración y sobresalto, que no se nos asigura-*

ban en el cuerpo los alimentos ni el corazón tampoco con la grande temor de aquel suceso»...

Por el guía indicados, más que vistos—el mareo y la «danza» para otras cosas nos quitaron el ánimo—los puntos principales de la costa señalemos al vuelo, de pasada:

Ayahualulco, el paraje donde los primeros hispanos que con Grijalva por aquí vinieron, viendo brillar de lejos los escudos de concha de tortuga que embrazaban los indios, creyeron fueran sendas rodela de oro, nada menos.

Luego, señálase con una mancha terrosa en el agua costera, la desembocadura del río de Tonalá—también llamado río de San Antón.

Más tarde, la ensenada que ha nombre de Coatzacoalcos—hoy *Puerto Méjico*, uno de los extremos del Istmo abierto ha poco, por el ferrocarril, á la tan deseada comunicación expedita entre los dos océanos—donde tradición pía dice que el dios-apóstol de la lengua barba y blanca veste honesta, el dulce Quetzalcoatl, despidióse de sus fieles adeptos, embarcando en su esquife de argentadas escamas, y dejando á sus súbditos á guisa de consuelo la segura promesa de que él y sus doctrinas volverían á señorear y hacer feliz á Anáhuac...

La laguna, puerto, ciudad y río de Alvarado, en la

barra del verde Papaloapan — *río de mariposas* — cuyos brazos, é isletas de flotantes acuáticas, y boscosas riberas, forman de la comarca el paisaje más bello: marco, guía y camino de Tlacotalpan, la culta, hospitalaria urbe *jarocho*, que ofreciera un día á los conquistadores — prenda de liberalidad no desmentida nunca en estas gentes obsequiosas y francas — los sabrosos pescados de sus aguas, y que, aun hoy, es para el visitante grata jornada que hacen inolvidable la gracia y veste típica de sus lindas mujeres y la amistad leal de sus hombres tan nobles y expansivos.

Del río de Jamapa el curso remontando mentalmente, entre bosques de plantas aromosas y huertas pródigas en frutas esquisitas, se esconde Medellín, que debe á Don Hernando su antigua fundación en homenaje de filial recuerdo á la villa extremeña donde el héroe diera su primer saludo á la luz de la vida.

Y entre las grises manchas de la costa, bajos, peñascos, acantilados, playas — sobre todo lo cual, sombras de nubes y brochazos de sol pintan un lienzo de raras perspectivas — y que van estrechando el horizonte á la proa del barco (¡valeroso, resistente *Morelos* que al furibundo *norte* la cara no volvió ni un solo instante, siguiendo la derrota sin desviarse una línea!) — destacan, más próximas, la isla Blanca de arenas relucientes, la Verde así llamada por su vegetación, y luego la del nombre siniestro: Isla de Sacrificios —

¡lástima no arraigase en la costumbre su nombre posterior, *Jesús del Mar*, expiatorio de la antigua ignominia! — cuyo suelo rojizo, y en la noche su fanal de luz roja, pensar hacen en la sangre vertida sobre el ara del «feo Tescatepuca», el ídolo *mostrudo y espantable*...



.....

„Trefçientos y nobenta y un años menos quatro días son complidos cabales desque hize fondear aquí en Ulua, como preñcipal Piloto della, el Armada del esforçado dom Hernando Cortés.

„E agora quiero enantes de me despedir dexando Vos en manos del Cabildo que llega — ya los veis en las grandes canoas al alcalde Alonso Hernández Puerto Carrero y al otro alcalde Françisco de Montejo, al capitán de Entradas Pedro de Alvarado, y al maestre de Campo Criŧoval de Olid y al alguazil mayor Joan de Eŧcalante, al Teforero Gonzalo de Mexía, al contador Alonso de Avila, al fulano Corral que es el Alfe rez, y rregidores, el escribano, alguaziles, y afsí el Procurador y otros vezinos — digo, pues, que aquí en San Joan de Ulua donde efe Fuerte vos habla del empeño Eŧpañol por softener su dominio de siglos, afsí, como eftos surgideros dizen haber sido el Puerto tan nombrado y famofo donde desde el preñcipio vinieron á

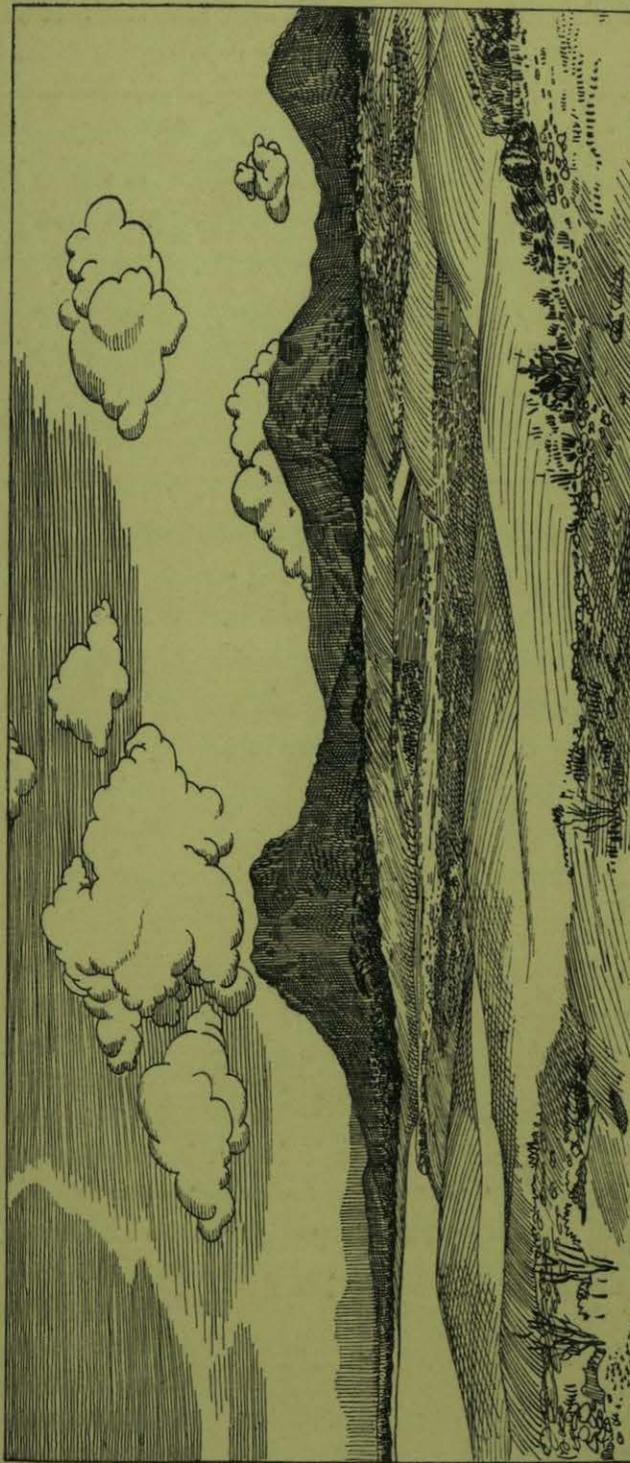
desembarcar las mercaderías y bastimentos E las provisiones para la Nueva España y Méjico; aquí como lo voy diziendo, quiero Vos dar la mia despedida, acabando la plática y Discurso de lo que dixé enantes açerca de la grande y mucha y mereçida fama que dió á nueſtra Caſtilla el fortunado Deſcobrimiento deſtas Yndias y yllas.

„En eſo, por io que aquí nos toca, al hablar del comercio y de los tratos y reſcates tan grandes y ymportantes en eſta Villa Rica de la Vera Cruz nueva, ſe comienza con el trueque de Sartales de quentezuelas verdes y caxcaveles, camiſas y diámantes azules y Espejuelos y piedras margaritas y demás baratijas, por joyezuelas de oro y Plata, y algodón y muy viſtoſas plumas, gallinas de la tierra y piñas y çapotes, y contemos también aquellas hachas de Cobre que una vez las tomamos como oro, y fue aquello de Engaño por engaño, E otras cosas que trayan los yndios que venían á tratar con noſotros.

„Antes de que fueſe eſtablecido el Servicio que ſe llamó de flotas, en el Año de mill y quinientos y ſeſenta y un años, quarenta deſpués de la Conquiſta, no fue de mucha nota el giro comercial por eſtas aguas y Puerto único de la Nueva España; mas deſde aquella fecha haſta acabar el ſiglo, no baxaron de veynte las Flotas que arribaron aquí á eſta Vera Cruz.

„En la otra çenturia ſiguiente, fueron ſeſenta y ſeis,

LAM. VI



LA RVTA DE HERNÁN CORTÉS

LUGAR DE LA SEGUNDA VILLA RICA

y en la otra veynte; deviéndose el ser tan pocas en el número, á las guerras que hobimos con la Inglaterra, y habiendo cuenta de que además de las flotas vinieron en dos períodos de una dozana de años cada uno, otros çiento y sefenta y quatro Buques en el primero, y mill y çiento y quarenta y dos en el segundo.

„Por cargo y quenta de Su Magestad así que de particulares y negoçiantes, trayan los Navíos de las flotas, azogue para minas, pólvora, cañones de bronze, Balas y granadas de mano, piedras de çilpa, Fufiles y piñolas, fierro en barras y lavrado, clavazón y herrage, Azero, alambres y hojas de lata, rrefmas de papel, çera, Canela, livros, aceyte, vino y aguardiente, fardos de Bulas y otras menudencias; y se llevaban oro en paña y amonedado, plata en Cuño y lavrada, grana fina y sylvestre, Carey, tinta de añil, vainillas, cacao de Soconusco, garbanza y purga de Jalapa, bálfamo, çebadilla, Copal, zarzaparrilla, Azucar y achiote, meneítras, palos y tablones de variadas maderas, loza, jerga y algodón suçio, pimienta de Tabasco, palo Campeche y otras muchas E ricas mercaderías en grand valor y cantidad notable.

„Si hazeis, Señores, que vos muestren la última *Balanza* del Comercio marítimo en la que por última vez se estampa que se fizo *en cumplimiento de las Ordenes del Rey* [año de Mill y ochoçientos y diez y nueve años] avreis de ver en ella que se refumen así

y deste modo las noticias que sobre la materia da el *Consulado de la Vera Cruz*:

„El comercio total de Entrada y de salida, que se hizo en doscientos y diez y nueve Buques, fue de diez y ocho millones setecientos y ochenta y tres mil novecientos y setenta y ocho Pesos fuertes; y para comparar el progreso E los tiempos, tan solamente en el Mes de noviembre del último año pasado ó sease el de Mill novecientos y nueve años, el movimiento de entradas y salidas por este Puerto [refiero aquí tan sólo el Tráfico internacional, no contando el nombrado de Cabotage] está representado por treinta y seis navíos y cincuenta millones y uno más de quilos de mercaderías, con un valor en Pesos mexicanos de ocho millones trescientos y ochenta y ocho mil y ciento treinta y cinco.

„Es de notarle para hazer más notable la Comparación deste tan enorme progreso, que en los tiempos del Virreynato el comercio se hazía casi totalmente por este Puerto de la Vera Cruz, y en nuestros días aun conservando la primacía sobre los otros puertos de los dos Océanos y así sobre las aduanas de la frontera Norte, su movimiento representa á penas la quarta parte del Comercio exterior total de la nación de México, que en el suyo dicho año pasado ascendió á *treientos y ochenta y siete millones* y muchos más miles de Pesos mexicanos. . . .“



El transcurso de los siglos no había de desmentir ni siquiera amenguar, antes bien todo lo contrario, la importancia que tuvo desde un principio esta Villa, cuya fundación y los móviles que la determinaron ofrecen uno de los ejemplos más notables en que se puso de manifiesto el gran talento político de Hernán Cortés.

Las sombras tutelares de aquel puñado de guerreros, convertidos en municipales de la noche á la mañana, nos guían y acompañan en la rápida ojeada retrospectiva que traza el desarrollo y el progreso de esta ciudad.

Y, efectivamente: nadie mejor que ellos ni con mayor derecho, podían asistirnos, complacidos, en tal exploración.

Ellos—las sombras de Hernández Portocarrero, Montejo, Alvarado, Olid, Mejía, Escalante, Avila, y cuantos con los pocos citados asentaron aquí la piedra fundamental de la gran obra á que estaban llamados—los cuales, si es cierto que desde este punto de base y de partida habían de ir regando las prepotencias y horrores que abonaban la índole de la empresa, su oficio y el espíritu de la época, también es indudable, y es justo reconocerlo, que dejaron aquí la savia

fecundante de su temperamento tenaz y sostenido, de su carácter fiero y de su alma heroica. *Valores* todos, que no han dejado ni un punto, durante cuatro siglos, de dar sus frutos lógicos.

Tales frutos, vedlos en el diorama cronológico, ideal, de esta ojeada:

....

Unas cuantas chozas en la arenosa playa de Chalhucan; luego, algunas bodegas, que sirven de depósito á las mercaderías que no pueden ser llevadas prontamente al interior, tres ventas, una pobre capilla y varias casas; después, decretado el definitivo establecimiento de la Vera Cruz en este lugar, lentamente van agrupándose en las márgenes del Tenoya las construcciones de madera que forman lo que llámase la *Ciudad de Tablas*.

Este es el primer cuadro; y esto—dice un historiador veracruzano, muy amante de su cuna—puede llamarse su vida de gestación, cuando recogían los primeros vecinos, humildemente, maderos de las embarcaciones varadas y con ellos fabricaban sus ventas, sus casas y sus chozas...

El espíritu con que fueron desarrollándose el crecimiento y la importancia de la localidad, lo pone de manifiesto el hecho de que, á los pocos años de haber asumido, en cierto modo, el carácter de población formal, estable y con vida propia bien asegurada, me-

reció el título de ciudad y el rango de cabecera de provincia, y—añade el aludido cronista—á despecho de los envidiosos de su progreso que con desprecio la denominaban *de Tablas*, aparece gallarda con su espléndida fortaleza, inexpugnable para el tiempo en que se levantó; con numerosa flota fondeada en su bahía y amarrado cada vaso á la cortina del fuerte; con su Casa de Cabildo, residencia también del Alcalde Mayor que regía la provincia; su Real Aduana, en que los oficiales reales con título de Tesorero y Contador despachaban las flotas y percibían los impuestos; su Casa de Inquisición; sus siete iglesias, todas con campanario de aguja; sus dos hospitales, y finalmente su extenso caserío, modesto por la construcción, pero tan ordenadamente distribuído que pudo llegar á ser, sin grandes reformas en el trazado, uno de los más regulares de toda la nación.

Esta ciudad que por su origen, su historia y su carácter es la más española de todas las ciudades mejicanas, dió en el siglo pasado la floración más rica de aquel polen vital de empuje y heroísmo que la legó el pasado.

Como antes pagó, con valentía en la defensa y con estoica resignación en la desgracia, el tributo que su prosperidad debía á la codicia y al pillaje—sufriendo impertérrita las ofensas de ingleses y piratas—así en los tiempos modernos hubo de la historia y la patria

el galardón de merecer tres veces el diploma de *Heróica*:

El año 25, luchando denodadamente en pro de la completa independencia nacional, bajo los fuegos del castillo de San Juan de Ulua, donde durante cuatro años se encerró y se sostuvo tenaz el postrer testarudo esfuerzo del dominio español; el año 38, rechazando en las calles, cuerpo á cuerpo, á las tropas francesas que mandaba el hijo de Luis Felipe, en tanto que los cañones de la escuadra de Baudín convertían la ciudad en un montón de escombros, y el año 47, haciendo frente hasta el último extremo á la invasión yanqui, cuya flota de guerra vomitó sobre la población ríos de fuego y montes de metralla.

En cuanto á su progreso material—llamado justamente «el índice más expresivo del adelanto del país» — el paso más grande, gigantesco en verdad, dado en el camino de la transformación de la antigua ciudad de chozas, bodegas, almacenes y casonas de tablas, lo señala la historia de Veracruz en los últimos treinta años.

Mirando á aquella fecha, considerad el cuadro que pintan muchos contemporáneos no muy viejos:

La bahía, por lo desmantelada, era el espanto de la gente de mar, justificando plenamente la poco halagadora noticia que consignaban los libros sobre navegación, cuando decían que «intentar correr un norte

dentro del puerto, era en extremo peligroso, porque el viento soplabá más recio dentro que fuera», y aconsejaban que no se avistara el faro de Ulua sin la certeza de procurarse un fondeadero antes de la noche. . . . Los buques de un calado mayor de diez y ocho pies, debían anclar frente á la isla de Sacrificios. Y esto basta á autorizar la suposición de que, en tal época, por el año 1880, las condiciones de seguridad del puerto no serían mucho mejores que las que éste tenía á principio de siglo, á que se refieren estas dos notas que extractamos de informes oficiales de la época:

«... Ha habido naufragios en el puerto por los impetuosos nortes, haciendo faltar las amarras á cinco embarcaciones que se han ido á la costa, y perecido con alguna gente. Los cables y calabotes de henequén no resisten tanto como los de cáñamo, pero sean de unos ó de otros, necesitan venir los buques bien provistos porque rara vez se les puede dar socorro» . . . (1804)

«Un furioso temporal que se experimentó en este puerto en los días 8 y 9 de Setiembre último, y con una mar tan formidable que subió por las murallas, rompió las puertas que estaban cerradas y atrancadas, doblando los cerrojos de bronce y haciendo otras averías de bastante consideración, ocasionó la pérdida de varios buques; dos bergantines, cinco goletas, dos paylebotes, tres bongos y un barcolongo, todos costaneros, con más nueve barcos pescadores y pe-

„dreros, siete guadañas y la falúa y bote del resguardo. A la fragata *O* y á los bergantines *Alerta* y *Saeta* les faltaron los cables, y hubo en la bahía otros muchos descalabros...“ Total, 34 embarcaciones, hechas pedazos la mayor parte de ellas. (1807)

La población—nos referimos siempre á treinta años atrás—vivía como aprisionada en el recinto amurallado, fuera de algunas, pocas, casas que se levantaban en las barriadas exteriores de La Caleta y Los Cocos.

Los edificios, casi todos trazados con arreglo al patrón de una arquitectura impropia del clima y sobradamente mezquina, distaban mucho de dar á la ciudad el aspecto que requerían su importancia y su riqueza.

En las calles, horriblemente empedradas—las que lo estaban—se estancaba el agua en putrefacción y amontonaban las basuras, los detritus de las casas, y á todas horas se exhibía el espectáculo característico de Veracruz—cuya desaparición deploran, seguramente, los editores norteamericanos de tarjetas postales ilustradas, con las que hacen una tristísima propaganda del *Méjico típico*... y „bárbaro“ según esos amigos:

En las copas de los árboles que son el mejor y más grato ornato de las plazas de esta ciudad; sobre las azoteas, cúpulas y campanarios; en los aleros, por el arroyo y las aceras, se posaban ó discurrían en negras

asambleas al aire libre, cientos y millares de zopilotes, antipáticos pero después de todo beneméritos bicharracos á cuya insaciable voracidad estaban confiados los más eficaces servicios de policía urbana...

♦♦♦

Pocos renglones, son suficientes para evidenciar la magnitud de la transformación:

Comenzó ésta el año 81.

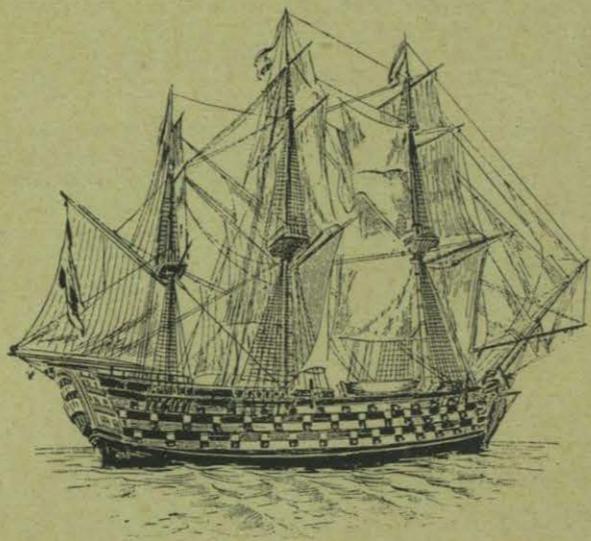
Derribadas las murallas, los arenales circunstantes se convirtieron pronto en populosos barrios, parques, paseos y amplias avenidas.

Las obras del puerto han extraído de él diez millones de toneladas de arena y madrepora, han construído escolleras y dado á los muelles una extensión de cuatro kilómetros y medio.

Y en los terrenos que se han ganado al mar, va levantándose la ciudad nueva, de la cual son ya una realidad suntuosa y magnífica los palacios del Correo y el Telégrafo y el de la Inspección de Faros.

El asfaltado de las calles, las obras de alcantarillado, el abasto de aguas, las nuevas construcciones, el saneamiento general de la población y sus alrededores, la victoria alcanzada sobre el terrible *vómito prieto*—fiebre amarilla,—y en suma, las condiciones todas de la vida de hoy en esta culta, noble y leal ciudad, que es „la puerta de Méjico que mira á Europa“, hacen de Veracruz uno de los mejores timbres de justo orgullo

á honra del gobierno central, y el más acabado elogio que harto merecen su honorable Cabildo y su simpático vecindario, herederos legítimos y parientes directos de los primeros regidores y primeros vecinos de aquella Villa Rica, donde alentó primero—en un mundo que iba á salir de una tiranía para aguantar el yugo de otro dominio—el espíritu de la más democrática expresión de autoridad: el *Municipio*...



Flores y palmas y frondosos árboles
ostentan á mí paso su esplendor.

José Peón y Contreras.



Cap. VIII